

Y después de abrir la boca con bostezo de enjaulada fiera, dijo:

—¡Me aborrezco á mí misma!

Quedaron en silencio unos instantes.

—¿Pero qué le hemos de decir á este hombre?— preguntó Luisa de pronto.

Leopoldina contestó con dejadez soplando el humo del cigarro:

—Pues que necesitas un *conto* de reis, ó seiscientos mil reis. ¿Qué más vas á decirle?... Que se lo pagarás...

—¿Cómo?

—En cariño.

—¡Oh, es horrible!—exclamó Luisa exasperada.

—Me ves desesperada, medio loca, y, á pesar de ello, te ríes y te burlas, llamándote mi amiga...

Su voz casi lloraba.

—¡Es que haces unas preguntas muy tontas! ¿Cómo se le va á pagar? ¿No lo sabes?

Se miraron un momento.

—¡No; ahora mismo me voy!—exclamó Luisa.

—¡No seas criatura!

Paró un coche en la calle y apareció Justina. No estaba el señor Castro en su casa y fué al escritorio. Allí le encontró y la dijo que venía en seguida.

Luisa, muy pálida, conservaba su sombrero en la mano.

—¡Eso no!—dijo Leopoldina casi escandalizada.— Tú no me dejas ahora sola con él. ¿Qué le diría yo?

—¡Es horrible!—murmuró Luisa dejando caer los brazos. Solicitada por el interés y contraída por la vergüenza, hallábase acongojada.

—Es como si tomaras un purgante—dijo Leopoldina con cínico gesto; y añadió, viendo el terror de Luisa:—¡Qué demonio! ¿Desde cuándo es deshonesto el pedir dinero prestado? Todo el mundo pide.

—Se oyó otro carruaje que llegando al trote largo se paró en la puerta.

—¡Entra tú... háblale tú primero...—dijo Luisa alzando las manos con ademán suplicante.

Sonó la campanilla. Luisa, temblando, miraba á todas partes con los ojos muy abiertos, como buscando una idea, una resolución ó un rincón para esconderse. Se oyeron pisadas de hombre sobre la estera, allí cerca, en la sala. Leopoldina la dijo en voz baja y lentamente, como para que grabase en el alma las palabras, una á una:

—Acuérdate de que dentro de una hora puedes estar salvada, ser libre, con tus cartas en el bolsillo y feliz.

Luisa se levantó con decisión brusca; fué á ponerse polvos de arroz, se alisó el cabello y entraron en la sala.

Al ver á Luisa, se inclinó Castro, bajando la gorda cabeza en la que sus cabellos empezaban á clarear.

Sobre su abdomen redondo, que las piernas cortas hacían parecer panzudo, descansaba ostentosamente el medallón de la cadena del reloj y llevaba en la mano un bastoncillo con puño de plata, representando una Venus retorciendo los brazos. Tenía el cutis encarnado subido y parecía tan contento de su vida como un gorrión satisfecho.

—¡Cómo! ¡Era preciso llamarle para echarle la vista encima!—comenzó Leopoldina. Luego presentó á Luisa "su íntima amiga y compañera de colegio", y agregó:—¿Pero cómo no ha venido usted por aquí?

Castro, en una mecedora, golpeando sus botas con el bastón, se disculpó con los preparativos de la marcha.

—¿Luego es cierto que nos deja?

Castro se inclinó.

—Mañana en el *Orinoco*.

—Esta vez no han mentido los periódicos.

—¿Y cuánto tiempo estará usted ausente?

—«Per omnia sæcula sæculorum».

Leopoldina se admiró. ¡Dejar a Lisboa un hombre tan querido y que tanto podía divertirse.

—¿No es verdad?—dijo a Luisa, para sacarla de su embarazoso silencio.

—Ciertamente—murmuró Luisa.

Estaba sentada en el borde de la silla, asustada y dispuesta a huir.

La insistente mirada de Castro, tras de los lentes la molestaba.

Leopoldina reclinóse en el sofá, y amenazando con el dedo:

—¡Ah! En este viaje a Francia hay de por medio faldas...—dijo.

El lo negó con fatua sonrisa.

Leopoldina no encontraba belleza en las francesas, solamente *chic*, animación...

Castro las declaró adorables, sobre todo para la vida alegre. ¡Ah, las conocía bien! Como madres de familia no decía nada; pero para una cena o un ratito de *can-can*, no había otras. Lo afirmaba convencido, porque, como los burgueses de su calle, juzgaba a doce millones de francesas por seis *divettes* del café-concierto, ¡que le habían costado mucho y fastidiado más!

Leopoldina, lisonjeramente, le llamó seductor.

El, sonriente, contestó atusándose el bigote:

—Calumnias... calumnias.

Leopoldina dijo, volviéndose a Luisa:

—Ha comprado una quinta magnífica en Burdeos, un palacio...

—Una chocita, una chocita.

—¡Y dará fiestas magníficas!

—Tés... modestos tés...—decía él regodeándose. Arabas se rieron falsamente.

Castro se inclinó hacia Luisa.

—Tuve el gusto de ver a usted, hace tiempo, en la calle del Oro...

—Sí, creo que recuerdo...—respondió Luisa.

Y quedaron callados. Leopoldina tosió, se sentó más a la orilla del sofá y dijo sonriendo:

—Pues... le mandé llamar, porque tenemos que decirle una cosa...

Castro se inclinó. *Palpaba* con la mirada a Luisa.

—Esta es la cuestión. Voy derecha y sin preámbulos al asunto...—y sonrió;—mi amiga está en un gran apuro y necesita un *conto* de reis. |

Luisa interrumpió con voz casi ahogada:

—Seiscientos mil reis...

—Igual dá—exclamó Leopoldina con opulenta indiferencia—; estamos hablando con un millonario. Esta es la cuestión: ¿puede usted hacerle ese favor?

Castro se incorporó y dijo con tono ambiguo:

—Ciertamente... ciertamente.

Leopoldina se levantó.

—Bueno, me voy: me espera en mi cuarto la costurera. Dejo a ustedes hablar del asunto.

Y desde la puerta dijo a Castro:

—Que sea bajo el interés, ¿eh?

Y se marchó riendo.

Castro se inclinó hacia Luisa y la dijo:

—Pues, señora, yo...

—Leopoldina le ha dicho la verdad; estoy en un gran apuro metálico... y me he dirigido así... Son seiscientos mil reis... que procuraré pagar lo antes posible...

—¡Oh!—dijo Castro con generoso ademán.

Agregó que comprendía perfectamente que todos

tenían sus apuros... y lamentaba no haberlo conocido antes, porque siempre le fué simpática... ¡muy simpática!

Luisa, con los ojos bajos, callaba. El fué á dejar el bastón junto á la jardinera y volvió á sentarse junto á ella. Viendo su turbación, la rogó que no se afligiese. ¡No valía la pena por materia de dinero! El tenía el mayor gusto en servir á una joven tan interesante... Había hecho bien en dirigirse á él. Sabía de señoras que se dirigían á agiotistas que las explotaban y eran indiscretos... Y hablando así, la cogió la mano. Al contacto de aquel apetitoso cutis hervía el deseo, haciéndole dar fuertes resoplidos. Luisa, cohibida, no retiró la mano, y abrazándola Castro, con voz ronca, la prometió "todo, todo cuando quisiese..." Sus ojos encandilados devoraban el blanquísimo cuello de Luisa.

—Seiscientos mil reis... lo que quiera...

—¿Y cuándo?—preguntó Luisa turbada.

El vió palpar su seno, y ante el torrente de su brutal deseo, exclamó:

—¡Yal!

La cogió por la cintura, la atrajo hacia sí y la dió un beso hambriento: casi la mordió el rostro.

Luisa se levantó de un salto.

Castro la siguió de rodillas, sobre la alfombra, y cogiéndola nerviosamente por el vestido, dijo:

—Le daré lo que quiera... pero siéntese... Hace años que sentía amor por usted... Escúcheme...

Y sus trémulos brazos subían, la envolvían, y al sentir y tocar sus formas le inflamaban más.

Luisa, callada, rechazaba sus manos y se esquivaba.

—¡Cuánto quieras; pero oye!—balbuceaba él, atrayéndola violentamente, en tanto que el brutal apetito le hacía respirar como un toro...

Ella, con un tirón desesperado, desasióse, y acongojada, retrocedió diciendo:

—¡Déjeme usted! ¡Déjeme!

Castro se levantó jadeante, y con los dientes apretados y los ojos muy abiertos, se fué hacia ella.

Ante aquella bestial lujuria, Luisa, indignada, cogió instintivamente el bastón de junto á la jardinera y le propinó un fuerte bastonazo en la mano.

El dolor y la rabia le pusieron furioso.

—¡Con mil demonios!—rugió rechinando los dientes.

Y la acometió; pero Luisa, levantando el brazo y animada por frenética cólera, le dió rápidamente de bastonazos en los hombros, en los brazos... Estaba lívida y sombría; brillaban cruelmente sus ojos y daba de palos con alegría loca en aquella carne fofa...

Castro, asombrado, se defendió débilmente, retrocediendo y ocultando el rostro... De repente tropezó con la jardinera; el quinqué de porcelana cayó rodando al suelo y una gran mancha de aceite se extendió por la alfombra...

—¡Lo ve usted?—dijo Luisa apretando convulsivamente el bastón.

Leopoldina acudió al ruido.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada; estábamos bailando—dijo Luisa, tirando el bastón al suelo y saliendo de la sala.

Castro, lívido de ira, cogió el sombrero y dijo, mirando terriblemente á Leopoldina:

—¡Quedo agradecido! ¡Cuenta usted conmigo para otra vez!

—¿Pero qué ha ocurrido?

—¡Hasta la vista!—rugió Castro.

Recogió el bastón, y moviéndolo amenazador hacia la habitación en que entró Luisa:

—¡Gran hipócrita!—murmuró rencorosamente.
Y salió dando violentos portazos.

Atónita Leopoldina, encontró a Luisa buscando su sombrero con las manos aun temblorosas, pero con la mirada brillante y satisfecha.

—Me dió no sé qué y le llené la cara de bastonazos—dijo.

Leopoldina, petrificada, la miró.

—¿Le has pegado?—Y comenzó a reír de pronto—. ¡Castro el banquero, el de los lentes, cubierto de palos! ¡Llevar Castro una paliza!

Arrojóse sobre la «chaisse-longue», sofocada de risa.

—¡Castro el seductor! ¡Venir a casa de una amiga con seiscientos mil reis, y salir con una tanda de palos... y con su propio bastón! ¡Vamos, si el caso es para reventar de risa!...

—Lo peor ha sido lo del quinqué—dijo Luisa. Leopoldina se levantó de un salto.

—¡El aceite! ¡Qué agujero tan fatal!

Corrió a la sala y Luisa se halló delante de la obscura mancha, con los brazos cruzados, pálida, como si vislumbrase catástrofes próximas.

—¡Qué mal agujero, Dios mío!

—Echa sal en seguida.

—¿Es bueno?

—Deshace el agujero.

Leopoldina corrió, trajo sal y vertiéndola de rodillas, exclamó:

—¡Ay! Permita Nuestra Señora que no suceda nada malo! Pero, ¡qué ocurrencia, vamos, qué ocurrencia!... ¿Y ahora, niña?

Luisa se encogió de hombros.

—Ahora, ya lo sé... ¡Sufrir!

XIII

Aquella misma semana, sin recordar Jorge que era día de fiesta, encontró una mañana cerrada la oficina y volvió a casa a las doce. Juana hablaba en la puerta con la vieja que iba a vender huevos; la puerta de arriba estaba abierta, y así, entrando desapercibido, sorprendió a Juliana reclinada en la *chaisse-longue* leyendo el periódico tranquilamente.

Al verle balbuceó:

—Tengo disculpa, señor. Me ha dado una palpitación tan fuerte...

—Tan fuerte que se puso a leer el periódico, ¿eh?—dijo Jorge apretando instintivamente el bastón—. ¿Dónde está la señora?

—Debe estar en el comedor—dijo Juliana poniéndose a barrer.

Luisa no estaba en el comedor. Jorge la halló en el cuarto de plancha, despeinada, en *negligé* de mañana, trabajando muy afanada y triste.

—¿Pero, estás planchando?—exclamó.

Luisa enrojeció y dejó la plancha. Como Juliana estaba enferma y se había juntado una carga de ropa...